

Palabras de bienvenida a BENET 2023
Abad Primado Gregory Polan OSB
11 Octubre 2023

Es para mí un gozo y un privilegio dar a cada uno de ustedes la bienvenida a BENET. Estos días son mucho más que un encuentro o una reunión de educadores y administrativos de colegios asociados con monasterios benedictinos. Es un momento en el cual, iluminados por el Espíritu Santo y por la Palabra de Dios, nos reunimos para escuchar, compartir nuestras experiencias y ayudarnos mutuamente a crecer, tanto los que han venido de cerca como los que han venido de lejos. Como la mayoría de ustedes, yo también he trabajado en educación. Mi materia han sido las Sagradas Escrituras en distintos niveles educativos, en variados lugares y contextos diversos. Quisiera repetir lo que les compartí en nuestro último BENET en Sydney, Australia: el trabajo de la educación es una de las profesiones o vocaciones más nobles que existen. Porque a través de nuestro trabajo educativo ofrecemos a las personas dones que son para toda la vida. Todos los días, cada día, hago uso de los dones que recibí de mis profesores en la educación primaria y en la secundaria -al trabajar con números, al resolver problemas, al percibir el valor de existir y trabajar junto a otros en equipo, al aprender a respetar a los demás, cuando aprendo a sobre Dios y me encuentro con Él en la oración y la liturgia. ¡Son tantas las cosas maravillosas que aprendemos en nuestras familias! Del mismo modo, podemos decir que son tantas, tan variadas y valiosas las cosas que aprendemos en la escuela.

En el contexto de la vida benedictina, a la cual se refiere san Benito llamando al monasterio una 'escuela del servicio divino' (RB Pról 45), tenemos la bendición de compartir 1500 años de experiencia en el arte de llevar una vida integral, equilibrada y guiada por la dimensión espiritual. Eso es más que simplemente educación, es formación. Y la formación es algo que va de la mano con todo lo que enseñamos o transmitimos a nuestros alumnos. La manera en que enseñamos historia, por ejemplo, nos permite transmitir también un sentido de la verdadera justicia cuando vemos cómo han sido tratadas las personas a lo largo del tiempo. El tipo de literatura que presentamos a nuestros alumnos nos permite también ofrecerles el valor de considerar cuidadosamente lo que leemos, lo que significa para nosotros hoy, y el impacto que puede tener en el futuro. Al enseñar religión, podemos presentar como punto inicial y clave la capacidad de escuchar atentamente con el oído del corazón (RB Pról 1). En nuestra sociedad actual, hablamos apresuradamente y solamente después nos detenemos a examinar lo que hemos dicho. En el contexto de la educación benedictina, enseñar a escuchar atentamente y a reflexionar antes de hablar es enseñar no solamente un camino de sabiduría, sino también una forma amable y respetuosa de tratarnos en la sociedad. Sí, tenemos necesidad de enseñar a escuchar bien y a reflexionar sobre lo que se oye. Y cualquiera sea la materia que enseñamos, necesitamos abrir ante nuestros jóvenes la gran avenida del misterio de la gracia que nos llega a todos mediante la celebración de la Eucaristía, la Santa Misa. En ella arraigamos en la historia de la Iglesia, la Palabra de Dios como fuente de sabiduría y guía, la profundidad que encontramos en las Sagradas Escrituras, el sentido de vivir en paz y al servicio de los demás.

Uno de los grandes carismas de la vida y la espiritualidad benedictina es la importancia de la hospitalidad. Y podemos referir la hospitalidad al amplio campo de la educación y la

formación. En nuestro mundo actual, muchos viven una experiencia alienante de división, de falta de comunidad y de estar junto a otros. La manera en que acogemos a nuestros alumnos en el aula, la manera en que les damos respeto y honor, el mirarlos a los ojos, la manera en que reaccionamos cuando no saben la respuesta correcta, el modo en que los escuchamos cuando nos piden algo. Verdaderamente, el espíritu benedictino de hospitalidad nos habla sobre la manera en que abordamos tanto la sala de clases como el patio del recreo. La vida escolar en general tiene siempre que ver con esta importante dimensión de la hospitalidad. Necesitamos recordar que muchos jóvenes provienen de una variedad de contextos en los que la familia está dividida y en los cuales no reciben el tipo de amor que permite que una persona crezca sanamente. Nosotros tenemos la oportunidad de transmitir el tesoro de la hospitalidad de san Benito cuyo alcance es inconmensurable. El otro día, me fijé cómo acogía a unos huéspedes uno de los monjes de Sant'Anselmo: con una sonrisa amplia, una palabra edificante sobre el ritmo de nuestra vida monástica, y acompañándolos al comedor. Esos detalles hacen una gran diferencia y manifiestan con fuerza una hospitalidad que es benedictina y que es también evangélica.

En estos días a menudo oímos hablar de guerras, de agresiones brutales, de desastres naturales y de la pérdida de vidas sin sentido. En medio de todas estas situaciones, sobre las que tan poco podemos hacer, podemos sentirnos inútiles. Pero sí está en nuestras manos la capacidad de crear espacios de paz. Muchas veces pensamos que la paz es la mera ausencia de estrés o de ansiedad. Son elementos ciertamente importantes, pero si leemos atentamente el Evangelio, en la parte en que Jesús se despide de sus discípulos, recordaremos que dice: “Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No os sintáis turbados y no os acobardéis” (Jn 14, 27). Ciertamente, la paz de Jesús comprende también nuestras ansiedades, pero Jesús enfatiza en este pasaje que su paz no es como la del mundo. Su paz, a diferencia de la del mundo, cuando la practicamos consistentemente, nos llevará tarde o temprano hasta el Misterio Pascual. Para crear un espacio de paz, es necesario que algo muera, que cambie, que sea distinto a como es. En el corazón de la enseñanza de san Benito está la verdad de que es la conversión diaria de nuestras vidas lo que nos traerá “su” paz, la paz auténtica. Cuando fui elegido abad de mi comunidad en la Abadía de Conception, me dijeron que tenía que escoger un lema. Sin comprender cabalmente el sentido bíblico de la paz, escogí la cita que aparece dos veces en la Santa Regla: “y así todos los miembros vivirán en paz” (RB 34, 5, sobre la distribución de los bienes según las necesidades de cada uno). En el penúltimo versículo del capítulo 4 de la Santa Regla, dice también san Benito: “Hacer las paces antes de la puesta del sol con quien se haya reñido” (RB 4, 73). Lo que quiero destacar es que la paz no es una virtud que se adquiera con facilidad. Cada uno de nosotros puede hacer una diferencia en aquel pequeño rincón del mundo que le ha sido dado. Busquemos la paz y corramos tras ella. Cuando sintamos que no podemos hacer nada por la paz nivel global, hagámoslo localmente – aquí, en este lugar, en nuestra comunidad de profesores y estudiantes. Y sepamos que muchas veces nuestro esfuerzo nos conducirá al Misterio Pascual de Cristo, el lugar del cambio y de la conversión, y ¡qué mejor lugar para cada uno de nosotros!

Quise darles una simple palabra de acogida pero me he explayado más de que lo que había pensado. Quisiera que mi saludo no se quedara solamente en buenos deseos. Quiero decirles

que estoy creo profundamente en lo ustedes pueden hacer para llevar la vida y el espíritu benedictino a sus comunidades académicas. Soy un convencido de la importancia de BENET. En estos días, les deseo de corazón un tiempo de crecimiento y que encuentren lo que han venido a buscar. Que Dios bendiga todos sus esfuerzos durante este encuentro.